

Thomas Merton-Ernesto Cardenal. Correspondencia (1959-1968): Edición y traducción de Santiago Daydí-Tolson, Madrid: Editorial Trotta, 2003, 223 pp., ISBN 84-8164-651-2.

La brillante y exhaustiva correspondencia que Thomas Merton, el inolvidable autor norteamericano de *La Montaña de los Siete Círculos*, intercambió con Ernesto Cardenal, poeta y político nicaragüense, entre los años 1959 y 1968 estaba destinada a pervivir por su originalidad, por su vitalidad, pero sobre todo por su lucidez. Suman más de noventa las cartas que se cruzaron, gran parte de las cuales se han dado a conocer tanto en ediciones en inglés como en castellano, pero sólo ahora contamos por fortuna con único y muy cuidado volumen que puede tener para nosotros una singular importancia en el esclarecimiento de la vida y obra de dos escritores que, como el Jonás bíblico, moraron en el vientre de una paradoja: por un lado, su compromiso con un silencio contemplativo, y por otro su responsabilidad como críticos sociales, profetas que anuncian y denuncian.

Como sabemos, la relación intelectual entre ambos se inició en la Abadía de Getsemaní en Kentucky, adonde Ernesto Cardenal recaló como postulante en 1957, siendo Merton maestro de novicios. Para Cardenal encontrar a Merton fue del todo providencial, así lo atestigua el autor en una de sus páginas de «Historia de una correspondencia», prólogo escrito especialmente para esta publicación. Nada más conocerse, la relación de maestro-novicio quedó marcada por el mutuo reconocimiento de sus afinidades: no sólo tenían los mismos intereses religiosos, en el sentido de *religare*, de encontrar el largo parentesco entre las cosas, sino que además coincidían en algo fundamental: la poesía.

Con ella establecerían un sistema de vasos comunicantes, cuya voz, unas veces borrosa otras precisa, se dejará oír pertinazmente a lo largo de todo el libro con la admirable sinceridad de los grandes creadores. Ambos necesitaban vivir en perpetua aspiración de fecundidad, desenterrando una palabra que usó Petrarca: *compathia*. Tan amplia sería su perspectiva espiritual, que su anhelo no fue otro que el «buscar la paz en la sencillez escondida que está más allá de los conflic-

tos: aquí buscamos la presencia desnuda de Dios en la aparente nada. Si tan sólo lo encontráramos a Él, el vacío se volvería plenitud perfecta y las contradicciones se esfumarían» (p. 71), hecho éste que reconocemos en muchos de los escritos de Thomas Merton a sus amigos: «nuestro auténtico camino en la vida es interior; es una cuestión de crecimiento, de profundización, y de una cada vez mayor entrega a la acción creadora del amor y de la gracia en nuestros corazones. Nunca fue tan necesario como ahora el responder a esa acción» (Carta circular a sus amigos-septiembre de 1968. En Thomas Merton, *Diario de Asia*, Madrid: Trotta, 2000, p. 25).

Con la partida de Cardenal a finales de julio de 1959, se inaugura casi inmediatamente el intercambio epistolar de Merton que bien podría interpretarse como la continuación de sus conversaciones en Getsemaní, directamente relacionadas con la función de director espiritual. En su carta a John Howard Griffin, biógrafo de Merton, nos explica Cardenal: «Por esos días yo terminaba mi noviciado y estaba muy enfermo. Según el médico no podía seguir con ese tipo de vida. Merton también me dijo que eso era un signo de Dios y que me convenía salir para llevar una vida contemplativa más auténtica fuera de esas estructuras convencionales. Así que salí no sólo convencido por los médicos de que era necesario, sino también convencido por Merton, a última hora, de que era además conveniente, y una bendición. Él mismo además iba a salir posiblemente en esos próximos días, con el permiso de Roma, y nos juntaríamos en México para después hacer juntos la fundación» (*The Courage for Truth: The Letters of Thomas Merton to Writers*, New York: Farrar, Straus & Giroux, 1993, p. 186).

Desde el corazón de México comienzan a aparecer las primeras cartas al Padre Louis (así se hacía llamar Merton en el Monasterio) en las que Cardenal se manifiesta de manera elocuente: «Al salir del mundo descubrí, desde mi llegada a Louisville, que el mundo es un lugar verdaderamente invivible y horrible... A donde quiera que uno dirige la vista no ve más que anuncios sexuales o de comidas, no existe nada más aburrido que caminar por esas calles cuando uno ya no tiene interés por esas cosas... Yo muchas veces creí en Getsemaní que nuestra vida era mo-



nótona, pero no existe comparación entre esa monotonía acompañada de una vida interior muy intensa, y la horrorosa monotonía de las calles de las ciudades modernas, todas espantosamente iguales»¹.

Paralelamente, importaría destacar ahora las rotundas aseveraciones de Merton con respecto a la vida monástica e interrogarnos cuál sería el origen de esa radical negación tan viva, de esa añoranza de otra cosa de la que ambos autores son portadores y que actúa pretendiendo quitar estorbos, quitar realificaciones: «Se me hace cada vez más patente cómo la actividad a la que nos entregamos es realmente una especie de juego de engaño mutuo, especialmente cuando sucede en un marco institucional solemne y formal en el que todo es de la más absoluta seriedad y es, a la vez, casi incomprensible. ¡Pero siempre serio!... El estado de locura de las sociedades humanas más desarrolladas es, me parece, casi incurablemente grave y agudo. La total irrealidad del pensamiento y las afirmaciones con que uno se encuentra aquí en todas partes es casi increíble»².

Con su inminente rechazo a las instituciones, a la guerra y a la política norteamericana de los sesenta, Merton intentará promover con su ayuda la renovación monástica, dibujando nuevas cartografías, nuevos horizontes. De ello se desprende su gran interés por viajar con el que fuera su novicio a Hispanoamérica, el continente que ellos abrazaban como redentor del mundo moderno. Allí pensaban continuar su vida religiosa en otras condiciones a las del monasterio tradicional («él ya no estaba muy convencido de la necesidad de esos órdenes arcaicos en nuestra época»³), en una fundación que Cardenal a tientas comenzó a erigir en Ometepe, isla mayor del lago de Nicaragua, bautizándola con el nombre de Ntra. Sra. de Solentiname.

Esperanzadamente se escribirían el 20 de junio de 1966: «Allí van unas fotos de Nuestra Señora de Solentiname. Todavía estamos con

bastante trabajo material: la organización económica de la finca (las primeras siembras) y las construcciones. Tenemos ya una casa hecha que será después la de los huéspedes, y por ahora nosotros estamos viviendo en ella. En estos días empezamos la otra casa nuestra y también estamos empezando la reconstrucción de la iglesia. Una tía mía regaló siete mil dólares y con eso estamos haciendo estos trabajos»⁴.

No obstante, Merton nunca lograría establecerse allí. El permiso de su abad nunca llegó, a pesar de haberlo intentado reiteradamente incluso a estancias superiores del Monasterio: «Es obvio que Dom James (Fox) cree que mi lugar está aquí y que no considerará dejarme ir a otro lugar»⁵. Sus planes y esperanzas se truncaron, aunque dirá Benjamín: los sueños no deben realizarse. Su lugar de privilegio, su secreta idea será la poesía: escribirla, pensarla, vivirla. De este modo, en medio de tales vicisitudes, se genera todo un universo poético que atraviesa los muros del Monasterio para instalarse en la creación, en la búsqueda de lo sagrado, en el maravilloso misterio de lo desconocido. Es como si en definitiva fuese el hecho estético, el Dios tal como Heráclito lo entendía, la posibilidad de encuentro con todos los hombres.

Con esta clave, cabría rastrear en profundidad toda su correspondencia espiritual, mientras al mundo acucia desde otras esquinas más violentas. Frente al sentimiento de disolución, de muerte, Cardenal y Merton contraponen el espíritu de creación como apetito real de la vida por afirmarse en sí misma, como si las fuerzas del espíritu bañadas en las aguas de la escritura nos trascendieran y nos salvaran. Ecos y voces de los muchos amigos, imágenes de sus viajes, liturgias, fervorosas plegarias reverdecen en cada uno de sus diálogos allí donde se encuentran. Son los días en los que seleccionarán sus lecturas, intercambiarán sus manuscritos, trabajarán con vigorosa intensidad en busca de contactos editoriales, se ayudarán mutuamente en la divulgación de sus libros, se multiplicarán sus tra-

¹ Thomas Merton-Ernesto Cardenal. *Correspondencia (1959-1968)*, op. cit., p. 41.

² *Ibíd.*, p. 100.

³ *Ibíd.*, p. 25.

⁴ *Ibíd.*, p. 168.

⁵ *Ibíd.*, p. 170.

ducciones literarias y, lo que es muy importante, se imbricarán progresivamente a destacados maestros de varias generaciones de escritores latinoamericanos que giran en torno a la fusión del misticismo cristiano, mito indígena pre-hispano y compromiso revolucionario, como fue el caso de Pablo Antonio Cuadra, José Coronel Urtecho y Alfonso Cortés, hermanos todos ellos en el desvelamiento de un orden, que es el orden de lo común en el que no se trataba de quién hablara sino de haber entendido la verdad de algo. Sus voces liberadoras se alzarán intempestivamente en denuncia de los hábitos mentales y lingüísticos de nuestra herencia filosófica, cultural y política, y coincidirán en la pretensión de reclamar una nueva sensibilidad como guía y paradigma a una dimensión renovada de la pa-

labra hombre y de la palabra vida. Vida que a través de la presente correspondencia se vuelve preciosa y transparente, como el agua.

Muchas otras cosas quedan por decir, pero todo ello debe ser descubierto por los lectores del libro. Sin embargo, quisiéramos concluir con las manifestaciones de Ernesto Cardenal ante la increíble noticia de la muerte de Thomas Merton por accidente en Bangkok el 8 de diciembre de 1968: «su muerte es la pena mayor que he tenido en mi vida religiosa (o en mi vida toda, yo creo). Él era para mí un padre. Espiritualmente hablando, pero no metafóricamente hablando» (ibíd., p. 9. Carta inédita del 18 de enero de 1970 a John Howard Griffin).

Sonia PETISCO MARTÍNEZ

